



El Pentágono. Incluidos los soldados, ochenta y seis trabajadores, empleados o técnicos de cada mil, trabajan y viven pendientes del presupuesto militar.

LAOS

EL ENGRANAJE DE UN SISTEMA

ENRIQUE RUIZ GARCIA

GEORGE Horace Gallup nació en 1901. Aquel año sería muy exagerado decir que para conmemorar el acontecimiento, fue asesinado el Presidente William McKinley. Un mes antes de que bautizaran a George Horace Gallup electrocutaron en la prisión de Auburn al anarquista que disparó, en efecto, contra el vigesimoquinto Presidente de los Estados Unidos. La historia de la violencia no era nueva. Antes habían sido asesinados los Presidentes Lincoln y Garfield. Con John F. Kennedy serán cuatro, y falta por saberse, en profundidad, la suerte final, verdadera y exacta del Presidente Warren Harding.

En 1935 gobernaba en los Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt, pariente lejano de la dinastía rooseveltiana fundada por Theodoro Roosevelt, sucesor de McKinley. En 1935, George Horace Gallup creó el Instituto Americano de la Opinión Pública. Esta inmensa y fascinante máquina —segura e incierta, constante y poderosa— produjo entre los días 9 y 11 de enero de 1971, presidiendo el destino de los Estados Unidos Richard M. Nixon, una encuesta entre 1.502 adultos que vivían en 300 localidades de la nación y que, en cortes estamentales perfectos, representaban al hombre medio de la nación. La encuesta mantenía esta proposición:

—Si se produjera una moción en el Congreso requiriendo al Gobierno de los Estados para que antes de finalizar este año regresarán todas las tropas americanas

de Vietnam, ¿le gustaría a usted que su representante en el Congreso votara a favor o en contra de esa petición?

El 73 por 100 de los consultados —frente al 55 por 100 en septiembre de 1970— contestaron a favor de la rápida, inmediata y urgente vuelta de los 343.700 soldados existentes en Vietnam del Sur al finalizar, justamente, las horas finales del año 1970. Excluidos los 52.000 de Corea, los 20.000 de Filipinas, los 52.500 de Okinawa, los 9.000 de Taiwan, los 39.000 de Japón, los 14.000 de Guam, los 51.000 de la VII Flota, los 38.400 de Tailandia y los 19.000 marinos de La Navy Offshore que guardan las costas de Vietnam. El resto de las bases esparcidas por el mundo dan lugar a la cifra, en conjunto, de 1.001.600 soldados que constituyen la estructura militar exterior más amplia e imperial que haya contado, en la Edad Tecnológica

de los Missiles, ningún ejército del globo.

El 3 de febrero de 1971, la Casa Blanca declaraba que no se tenían noticias ciertas sobre la posible invasión de Laos. Desde tres días antes —seguramente atendiendo los resultados obtenidos por George Gallup—, la invasión estaba en marcha. Más aún: desde hacía cuatro meses, sin que las noticias se filtrasen a las grandes agencias internacionales, la pista Ho-Chi-Minh se encontraba sometida al más intenso, duro y continuado bombardeo que se recordaba en el área. Al comenzar el mes de febrero se habían arrojado ya sobre la zona 100.000 toneladas de bombas por los B-52.

De todas las maneras, en la historia del horror siempre habrá de tenerse en cuenta lo siguiente: hasta el mes de octubre de 1968 el Vietnam del Norte y el Vietnam del Sur —95.000 kilóme-

tros el primero y 105.000 el segundo— han visto caer sobre sus tierras la pirámide impresionante de 2.948.057 toneladas de bombas. La meticulosa exactitud del Pentágono es siempre de agradecer. Cabe hacer notar, no obstante, algo no menos impresionante: en el curso de la segunda guerra mundial, y en los dos inmensos teatros de operaciones, Europa y el Pacífico, se arrojaron 2.057.244 toneladas de bombas. Mídanse extremos, compárense situaciones.

A esta seca, descarnada noticia que explicita la historia de nuestros días se puede añadir la declaración del senador Gaylord Nelson —de Wisconsin— que se ha permitido añadir este dato: por cada hombre, mujer y niño de Vietnam del Sur se han arrojado seis libras de productos químicos —«New York Times» del día 5 de enero de 1971— para impedir que el ejército del Vietcong pudiera alimentarse sobre el terreno. Pero ello ha significado que cinco millones de acres —una octava parte del país— han sido químicamente destruidos. La aniquilación de los bosques afecta 1.200.000 acres y todo esto origina unas condiciones ecológicas nuevas: una tremenda y pavorosa erosión del suelo que a la hora de los monzones, con las grandes lluvias, facilita la rápida disolución y pérdida de las fuentes nutricias de los suelos. Sobre ellos viven, teóricamente, 16,5 millones de personas en el Norte y otros 12 millones en el Sur.

Ello no obsta para que en diciembre de 1966, cuando Harri-

LAOS

son Salisbury, corresponsal del «New York Times», recibió autorización y visado de Hanoi para viajar a Vietnam del Norte, sus crónicas escandalizaron a las buenas gentes. Se atrevía a decir, ustedes saben, que la mayor parte de los objetivos de la Aviación americana habían sido civiles. Hablaba, por ejemplo, de la destrucción de la ciudad de Namdinh. Al día siguiente, a las diez en punto de la mañana, el secretario de Estado, Dean Rusk, llamaba por teléfono, desde su despacho de Washington, a Punch Sulzberger, la pieza clave del «New York Times». El teléfono de Punch, que vive en la Quinta Avenida —of course—, sonó un rato. Es que Punch —cuarenta y un años— se había acostado muy tarde. Dean Rusk parecía calmo.

—¿Qué instrucciones tiene Salisbury?

—¿Instrucciones un corresponsal del «New York Times»? Ninguna.

—¿Cuándo regresa?

—Lo único que se le ha dicho es que no piense que puede ser el corresponsal permanente del periódico en Hanoi.

Una inmensa campana de resonancia estaba abierta. Un periodista —del que nadie podía decir que estaba en una filiación comprensiva— señalaba los hechos. Punch Sulzberger se despertó por completo. Del otro lado, el secretario de Estado había colgado. Punch corrió a la ducha y leyó la crónica de Salisbury desde Hanoi mientras tomaba jugo de naranja. Llamó al periódico a Clifton Daniel, que había sido, durante años, el jefe del «staff» del «New York Times», en Washington. Clifton, sabio, llamó a Dean Rusk.

—¿Quiere que digamos algo a Salisbury?

—Nada en absoluto.

Tiempo atrás, nada menos que John F. Kennedy, Presidente de los Estados Unidos, llamó a Punch Sulzberger para pedirle que trasladara de Saigón al corresponsal del Times. Sus crónicas eran una permanente denuncia. Sulzberger, aquel día estaba completa y totalmente despierto. Se negó en redondo. En 1964, el valeroso y honesto Halberstam, corresponsal en Saigón, recibía el premio Pulitzer.

LA MECANICA DE UN SISTEMA

En 1961, el Presidente Kennedy fue presionado por las fuerzas armamentistas del país para que ampliara el número de «consejeros militares» establecido en Saigón. Al comienzo de su mandato

eran —según la página 24.855 del Congressional Record del Senado— 773. Kennedy se resistió. Dijo:

—Eso es como tomar la primera copa. Después se toma otra.

Cuando fue asesinado en 1963, su número, no obstante, se había elevado a 16.500. Después de esa primera copa, las siguientes fueron más sencillas. El engranaje estaba en marcha. La lógica del sistema iba a imponer sus condiciones. La primera economía del mundo pasó a considerar estrategia militar y desarrollo de la producción como una misma cosa. Se entendió, en síntesis, que la guerra del Vietnam era «la mejor de las guerras» si su presupuesto no excedía de los 30.000 millones de dólares anuales. Desde ese momento, la guerra «podía ser inflacionaria». Así, a secas.

Un tecnócrata —Robert McNamara— fue transformado de director de la Ford en secretario de Defensa. A él se debe la organización del presupuesto militar como racionalización económica. Como triunfo, en fin, del mito electrónico sobre las viejas máquinas sumadoras. En efecto, a su «infalible» instinto de la ordenación del gasto público (como director después del Banco Mundial ha podido acuñar esta frase famosa de que «son más rentables cinco dólares empleados en el control de natalidad que cien en ayuda del desarrollo en el Tercer Mundo»). También podía haber predicado una exterminación nuclear que, «per cápita», acaso fuera más barata) se debió que el presupuesto militar de la primera nación de la Tierra pasara de 47.400 millones de dólares en 1961 a 80.516 en 1968. Esa inmensa cifra era casi el doble que el total de las exportaciones del Tercer Mundo —dos tercios de la Humanidad— en 1968.

Bien es verdad que Richard Milhous Nixon redujo unas partidas hasta convertir el presupuesto militar —estimaciones para el año fiscal de 1971— en una suma redonda de 76.443 millones de dólares, pero siempre y cuando se considere que será, en el año 1972, de 77.512. Cuesta mucho ahorrar en ese área. Las presiones son formidables. No hay que olvidar que, incluidos los soldados, ochenta y seis trabajadores, empleados o técnicos, de cada mil trabajan y viven pendientes del presupuesto militar. En el área de las especializaciones tecnológicas, una persona de cada cinco depende del presupuesto militar. La cifra se eleva a dos de cada cinco en la ingeniería aeronáutica y en la física... «Sin incluir en estas actividades ni a la Comisión de Energía Atómica ni a la NASA». Tan sombrías palabras corresponden a Eugene Mc-



Carthy, ex candidato demócrata a la Presidencia de los Estados Unidos.

En California —primer Estado del país y cuyo producto bruto es superior al de Inglaterra—, el 37 por 100 de la población trabajadora depende del presupuesto de defensa, según la revista «nihilista» Business Week —26 de septiembre de 1970—, que es bien sabido representa periodísticamente, con Fortune, a los más fuertes negocios y a las más colosales corporaciones industriales de los Estados Unidos. La Lockheed Missiles Space —se queja la misma revista y con la misma fecha— se ha visto obligada a despedir, en Sunnyvale, a diez mil trabajadores.

Pero la primera economía opulenta —post-industrial la apellida ya Herman Kahn en su libro de ciencias de la futurología «The Year 2000»— acepta ya como una normal solución ante la inflación el paro del 6 por 100 de su masa laboral activa, haciendo posible así, al tiempo —revolucionariamente al revés—, el triunfo del esquema inicial del capitalismo: un ejército de parados. Sólo que en aquel período tenía un significado: evitar que la presión ca-

pital-trabajo derivara, antes de que la revolución tecnológica volviera a proporcionar la plus valía a los mismos grupos poseedores, en una distribución de la renta contraria a las necesidades del capital. Cuando se había llegado ya al pleno empleo —con el presupuesto militar funcionando como fundamento de la planeación de las grandes corporaciones—, la tecnología hace posible, también, el paro y la concentración de poder en un centenar de empresas gigantes y multinacionales.

La situación ahora es grave. La contradicción en los términos del problema —inflación y al mismo tiempo recesión, hecho que Galbraith clasifica como asombroso— determina, por vez primera, el paro tecnológico masivo. Se pensaba, inicialmente, que el paro se produciría solamente entre los marginales, es decir, los obreros de los «ghettos» negros o socialmente poco calificados. En síntesis: en los grupos (cuatro millones seiscientos mil parados en el momento presente) con poderes mínimos para el ejercicio de la protesta en una sociedad posindustrial.

Sin embargo, el paro está lle-



La escalada, hasta que se suspendió, supuso la pérdida de ochocientos aviones en el Norte del Vietnam (con mil pilotos perdidos), según la revista «Foreign Affairs», y otros quinientos en Laos, según, en este segundo caso, «Newsweek». El engranaje de la aniquilación servía sólo a las corporaciones industriales que renovaban los equipos... La operación Laos se inscribe, por tanto, en el mismo engranaje. La Pista Ho Chi Minh se corresponde con el maniqueísmo de la superpotencia. Es obvio, no obstante, que la paz de Asia no puede construirse sin una modificación total del mecanismo.

gando a los cuadros técnicos. La integración de los ingenieros e investigadores se ha contraído en un 60 por 100 en los últimos diez años, y comienza a producirse, al revés, el éxodo de los cerebros. Del millón y medio de obreros del automóvil, alrededor de 300.000 están sin trabajo. La enorme Boeing ha dejado sin sueldo a varios miles. Nixon ha vuelto a aumentar —considérense las cifras anteriores— el presupuesto militar, que, además, cuenta con partidas militares indudables en la Agencia Espacial y la Agencia Atómica, además de los 10.000 millones de dólares anuales (al margen también del presupuesto militar) que se destinan al pago de los veteranos de las guerras, esto es, de las guerras continuas que se suceden unas a las otras y que establecen una yuxtaposición inquietante entre crisis económicas —recesiones— y momentos de opulencia. Cada momento de opulencia, desde 1939 hasta el momento presente, coincide matemáticamente con la segunda guerra mundial, la guerra de Corea y la guerra del Vietnam. Pero ahora el sistema no ha podido impedir la inflación y un engranaje cada vez más inquietante.

Las necesidades del poder imperial, expansivo, determinante, han creado una inmensa maquinaria defensiva-ofensiva que, sin embargo, no resuelve el dilema. El dilema, con palabras de Fulbright, presidente del Comité de Asuntos Exteriores del Senado, de «una economía militarizada».

Esa situación mantiene en pie, además, la posibilidad del error. Las superpotencias del mundo, armadas en términos absolutamente impresionantes, se encuentran entre la espada y la pared de su propia lógica del delirio. Así resulta que en 1970, año americano del paro, los Estados Unidos vendieron armas —o las cedieron o las cargaron oficialmente a la partida de «Alimentos para la paz», como acaba de denunciar oficialmente en el Senado— por valor de 6.700 millones de dólares, esto es, un 25 por 100 más que en el año anterior.

Los intereses de la tecnocracia —señala la lúcida precisión de John Kenneth Galbraith— desbordan, dramáticamente, todos los demás. En circunstancias tales de implacabilidad y de subversión —la verdadera subversión— de los valores, datos como los de Vietnam, Camboya y Laos

no hacen nada más que configurar, por su contorno físico, la médula espinal de una historia no controlada.

Ese hecho no ha impedido una guerra terrorífica ni tampoco una contestación revolucionaria. Los graves riesgos que entraña la escalada, los peligros derivados de la lógica de un sistema determinado por la vinculación de lo político —subalterno— a lo económico —dominante— explican objetivamente acontecimientos como la invasión de Camboya o de Laos, donde la enormidad de la violencia ejercida corresponde más a las necesidades internas de la maquinaria que desencadena el proceso que al adversario que tiene ante sí y que se moviliza, obviamente, en torno de otras dimensiones.

Así puede darse el caso —que ilustra el edificio de la racionalidad irracional— que el mismo Robert McNamara, que elevó el presupuesto militar hasta los 80.000 millones de dólares, es decir, a algo así como tres veces la renta nacional de España, fuese el mismo funcionario que explicara ante el Senado, con sosiego y cuidadoso manejo de los datos, que las necesidades diarias

del Vietcong, en armas y municiones —dada su técnica de ahorro absoluto de hombres y suministros— es de quince toneladas diarias. Según su minuciosa declaración, el «esfuerzo comunista en el Vietnam del Sur se satisface con un total de 85 toneladas, es decir, incluidas las armas, los alimentos, las medicinas y los equipos». En otras palabras, una cantidad realmente insignificante que responde a los planteamientos de una guerra revolucionaria. El ministro que exponía esos hechos ante el Capitolio conducía la máquina militar —y a su complejo industrial y universitario— a las cimas de una tecnología de acumulación de todas las posibilidades de destrucción universal o de «crisis del error». Es obvio que quince toneladas de municiones y armas se llevan a hombros o en bicicleta.

La lógica del sistema implicaba, sin embargo, la posición contraria. De ahí el bombardeo intensivo del Vietnam del Norte a partir de 1964 —escalada basada en los incidentes del golfo de Tonkin, incidentes que el Congreso ha demostrado después que no se produjeron como dijo el Pentágono, pero cuya falsificación podría haber producido lo irremediable si la otra parte aplicara al proceso la misma lógica—, que no modificó la correlación de fuerzas, ya que la desigualdad de potencia hacia posible que el exceso sea, en el fondo, una simple aberración del poder.

Pero, eso sí, la escalada, hasta que se suspendió, supuso la pérdida de ochocientos aviones en el Norte del Vietnam (con mil pilotos perdidos), según la revista «Foreign Affairs», y otros quinientos en Laos, según, en este segundo caso, «Newsweek», del 18-1-1971. El engranaje de la aniquilación servía sólo a las corporaciones industriales que renovaban los equipos.

La operación Laos se inscribe, por tanto, en el mismo engranaje. La Pista Ho Chi Minh se corresponde con el maniqueísmo de la superpotencia. Es obvio, no obstante, que la paz de Asia no puede construirse sin una modificación total del mecanismo. Al igual que en el Oriente Medio, el Presidente Nixon ha tenido que aceptar que la paz pasa por el «statu quo» creado por la presencia de la URSS y de los Estados Unidos de igual manera la paz de Asia, salvo el posible conflicto nuclear, se tiene que establecer no solamente sobre la retirada, sino sobre el acuerdo real con China. Lo contrario sería la escalada permanente, y la guerra permanente no podría sostenerse permanentemente «localizada». Ese es el juego del mundo. ■ E. R. G.